[aula abierta]

aula abierta 44
Sección del Suplemento Cultural **Tres Mil** en apoyo a los programas de Lenguaje y Literatura de Educación Media del Ministerio de Educación
| Diario Co Latino |
| sábado 12 de diciembre de 2009 |
San Salvador, El Salvador, Centroamérica
Responsable: Vladimir Baiza

Fallece escritor Armando Herrera

Escritor, colaborador permanente de Diario CoLatino, padre de numerosas cruzadas para promover la solidaridad con el hermano pueblo de Cuba; ha muerto nuestro compañero Armando Herrera, un hombre comprometido con las luchas de liberación de nuestro continente.

Murió anoche, 11 de diciembre, mientras era intervenido de un aneurisma.

Su cuerpo será velado este día en Capillas Memoriales y mañana domingo 13 estará en el local de CEMUJER, para ser conducido posteriormente al Cementerio General a eso de las dos de la tarde.

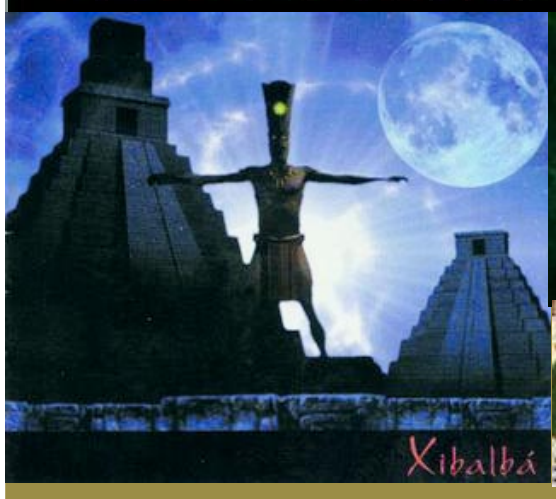
Nos unimos al dolor que embarga a la familia de nuestro querido *Zarco* Herrera, pesar que compartimos con sus amigos artistas y luchadores sociales del continente y especialmente de El Salvador y Cuba.

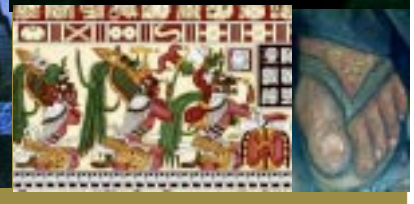
Equipo Tres Mil

Segundo año de Bachillerato

El Taller Literario Xibalbá (III)

« a más oscuridad, más poesía»*





Aspectos de la mitología maya, alusivos al inframundo.

* Verso original de Edgar Alfaro Chaverri

Descompartimentando algunos "expedientes" del TLX

edgar alfaro chaverri
eapoeta@yahoo.com

Con algunos miembros del Taller Literario Xibalbá, por ejemplo, compartimos, además del amor a la Poesía y la Literatura, la pasión por el fútbol, los triunfos del FAS, los malabares del Mágico González, la música de Silvio Rodríguez, de los Guaragüao, del emblemático Quinteto Tiempo; así como la generosa explosión acuosa de un hidrante ubicado sobre la intersección de la 3ª Calle Poniente y la 5ª Avenida Norte; más de algún secreto aroma de mujer en el ambiente; la inquietud de ser libres a toda costa; la inefable admiración por Monseñor Romero y Roque Dalton, en síntesis, la locura y la alegría de vivir intensamente; concientes a pie juntillas, que cada día podría ser el último, igual que ahora, igual que siempre.

La camaradería, el buen humor y la bohemia, siempre fueron aderezos indispensables en las tertulias sabatinas del colectivo literario.

En ocasiones eran singulares desafíos de ingenio popular, en los que destacaban la mordacidad, el sarcasmo y la ironía.

Algunos hacían gala de su vasto conocimiento acerca de autores y obras, y contaban anécdotas con el consiguiente doble sentido, para azuzar, precisamente, la ecuanimidad de los demás, claro, sin ningún asomo de mala leche.

Así, en boca de algunos miembros, solían aparecer chilosas expresiones, inquitables alusiones y apodos muy punzantes y pegajosos, los que servían para inaugurar las nada solemnes sesiones del TLX, así como para mantener el ánimo durante y después de las mismas; y, por lo tanto, servían como caballitos de batalla para seguir fregando al término de ellas.

Pero volviendo al tema del compartir o descompartimentar algunas vainas, recuerdo que Álvaro Darío Lara se refería a los manuscritos que llevábamos a las reuniones del TLX, como simples textos; y claro, con su erudito discurso, Álvaro nos hacía ver que hasta no haber pulido y corregido la idea, aún no podía llamarse poema al susodicho "texto". Esto es algo que aún, con mucho gusto, comparto con el camarada.

Con Arquimides Cruz también daba gusto hablar; un hombre mucho más joven que yo, pero muy sereno, muy sensible y humano, recuerdo que solía

aconsejarme ser más cuidadoso con "mi obra".

En alguna ocasión pernoctó en mi hogar, y compartimos inquietudes, sueños libertarios y poemas; recuerdo que al día siguiente de esa ocasión, salimos de mi casa para la Plaza Barrios, teníamos invitación para leer en una actividad de FENASTRAS o de la UNTS, no recuerdo bien, el hecho es que allí nos estarían esperando los demás compañeros y compañeras del Taller.

A este tipo de actividades, llegábamos y salíamos con extremas medidas de seguridad, en las que sencillamente, nuestras convicciones hacían de nobles guardaespaldas.

Sin embargo, nunca fuimos radicales, de hecho, cuando leíamos Nimia y yo, solían decir que éramos el ala Pimpinela del Taller.

El 9 de febrero de 1988, (si no me engaña la memoria) justo a las 2 de la madrugada, con Amílcar Colocho representamos al Taller Literario Xibalbá; los organizadores de la celebración del aniversario de la UNTS, que se conmemoraba el 8, nos habían venido postergando la participación artística, de modo que la mayoría de compañeras y compañeros del Taller, se habían tenido que retirar a eso de las 8: 30 p.m. del aludido 8 de febrero; entonces sólo quedábamos Amílcar y yo; leímos cinco poemas cada uno, al terminar nuestra participación, nos condecoraron simbólicamente con 2 hermosas rosas príncipe negro, de las cuales, aún conservo algunos valiosos pétalos.

Al término de la actividad, debimos esperar a que amaneciera, especialmente para esperar que comenzaran a correr los autobuses, para poder así, partir rumbo a Soyapango; llegamos a mi casa a las 5:30 a.m.; yo sólo me cambié de ropa y me largué a trabajar, por cierto, y para no variar, llegué tarde.

Para ese tiempo laboraba como inspector de saneamiento y control de calidad alimenticia en los mercados municipales de San Salvador.

Amílcar, por supuesto, quedaba en su casa, que como la U, era la casa de todas y todos los miembros del TLX.

Recuerdo además, con mucha dignidad, que algunos de mis versos fueron estampados, como flamantes pintas o graffittis, en las paredes de algunos edificios del Gran San Salvador; ello resultó ser una verdadera y grata sorpresa para mí, pues los calzaba o firmaba el TLX, y de este modo, me daban un cierto respaldo, una evidente noción de pertenencia, pues un año antes de la ofensiva final hasta el tope, yo había optado por "abandonar" mi hogar, con la clara idea de que a mis hijas y esposa no les pasara nada a consecuencia de mis ideas clandestinas.

Obviamente, en alguna reunión, a la cual no asistí, tomaron el acuerdo para hacer esas famosas pintas… o sea que es algo en lo que están felizmente involucrados mis hermanos: Luis, Vladimir, Leopoldo, Neto, Manuel, Carlos, Otoniel y Álvaro.

Ojalá, y para las bodas de plata del TLX, que son el próximo año, también escriban los demás.

¡Hasta la poesía siempre!

Postdata: 3000 gracias a Otoniel Guevara…

each*

« Hasta antes de la guerrilla
El Salvador era un pueblo
a punto de extinguirse.....»

each
30 de junio 1988

Se cumplen 24 años de historia poética III.

Edgar Alfaro Chaverri
Vladimir Baiza
David Juárez
(Selección y notas).

Ars Onírico

cuando no hay sol que me descubre
de las cuevas aparece ese animal que soy
y otras cejas y otras sombras comienzan
la fiesta del cigarro férreo que me fumo
y el gesto va por ahí
finteando retenes, y siempre
barriendo la nubes que amanecen
en las cunetas de esas otras calles.

Pájaro escrito en una agenda

Creo que has llegado a casa
y arastras busco tu sorpresa
Toco la puerta para llenar la parra
Tú me miras/ yo te miro
Hay un verbo que nace en la sala
del cual desconocemos su nombre
La tarde comienza a cerrarse
y una alondra se lleva tus ojos
Vuelan los míos.

Ernesto Flores (San Salvador, El Salvador, 1969). Reside actualmente en los Estados Unidos. Ha publicado *« La llama azul del vigía »*. Líder y dirigente genuino, de la única Mara literaria salvadoreña: La Mara Salarrué, un grupo universiatrio y literario que profesaba admiración a la poesía de Lezama, Vallejo, López Muñóz y Dalton. En su trabajo como editor, trabajó en la recopilación del poemario póstumo *Varios*, de Amílcar Colocho.

****

Voy

Voy a descontar
los minutos que destilan
tu inabarcable presencia,
para desenmarañar mis costumbres.

A tu inabarcable presencia,
para desenmarañar mis costumbres.

A pedirle al corazón
que exilie sus latidos
por la deliciosa certidumbre
de nuestra entrega.

Voy a sucumbir
ante el encanto desterrado
de mi antigua soledad,
para purificar tu anhelo libertario.

A mandarte mil presagios
y amuletos de buena suerte
mientras consigo
yo
con mi doble cara ante la vida
morirme de la risa.

Caos

Ahora no sé
cual es mi signo,
el significado de mi díada,
el sonido de mi nombre,
la dimensión de mi pasado,
la casa celeste de mis astros.

Todo se conjuga
en tu espejismo,
voy contigo
en cada mililitro
de mi sangre,
con los cinco sentidos
bajo cero,
tratando de trocar
tu inexpugnable
corazón.

A Marcela Alfonsina…

Eres la tremenda niña
que se alza como mujer,
fruta acariciada
por el sol adolescente,
desbaratando soledades
prometiendo nutrir
la callada la semilla que germina dentro.

Vos colgada de los sueños
robando la savia vital,
para moldearte un porvenir
donde florezcan los anhelos
al alcance de la mano,
donde los presagios y espejismos
no empañen tu propia identidad
y el disfrute de la felicidad
sea libre, sin miseria, ni prejuicios,
sencillamente
como lo bueno y lo sagrado.

Vos
mujer que se alza.
Vos
pequeña mía, nuestra y de todos.

Kenny Rodríguez Abogada, nació en la Ciudad de Quezaltepeque, Departamento de la Libertad el 29 de Mayo. Perteneciente en el pasado a los talleres literarios, *"Shilut"* y "*Quiriguá"*. Perteneció a "*La Pinta*" (Página cultural trabajada para el *Suplemento 3000* del Diario Co Latino). Ha ganado diferentes certámenes literarios a nivel nacional. Su poesía ha sido publicada en varios periódicos y revistas del país, en diferentes páginas culturales. Algunos de sus poemas aparecen en el Boletín Quetzaltepec del Centro Cultural y de Comunicaciones de Quezaltepeque, La Libertad en 1986, en el Boletín Poesía Nueva de la Asociación Salvadoreña de Trabajadores del Arte y la Cultura en 1989, en la Colección Juegos Florales Santanecos 1995 de la Dirección Nacional de Promoción y Difusión Cultural, Consejo Nacional para la Cultura y el Arte del Ministerio de Educación, en las antologías *"Mujeres en la Literatura Salvadoreña"* de la Red de Escritoras Salvadoreñas en 1996, *"Palabras de la Nueva Mujer"* y *"Concierto de Barro Solar"* Colección Cuadernillos Literarios, Serie Poesía de la Fundación María Escalón de Núñez en 1997, *"Paisajes Poéticos"* publicación de la Universidad Tecnológica en 1997, *"Dos Voces para un Tiempo",* publicación artesanal con Susana Reyes en 1998 y Revista Ocasional de Poesía *"Solopoesía"*, numero uno, abril del 2002.

****

CHARLIE BROWN INCREPA A SNOOPY
POR UN BESTIARIO EN COMICS.

Luego inventarás dragones
gárgolas azules, caricaturas japonesas
con estrellitas y bidones de violencia.

Es mejor ahorita un pajarillo en el espejo,
el eterno otoño de mi barrio en los suburbios.
Préndete a mis ojos,
y verás la vida entre perreras y sonrojos.

NO, EL BÉISBOL NO SÓLO CONSISTE
EN BIENROBAR LAS BASES

Snoopy conecta un hit,
mientras Lynus enreda su vista en la mantita,
corre Charlie Brown al límite del comic,
olvidándose del juego, preguntándose el sentido del brillo
del diamante entre la arena.

El lápiz del autor se turba, detiene el tiempo,
pasan inviernos e ideogramas musicales,
y le concede el lapsus,
toda la creación del mundo
que cabe
en la punta de un grafito.

Vladimir Baíza (Sensuntepeque, Cabañas, 1970). Perteneció al Taller Literario Xibalbá, al grupo prolezamiano autodenominado *La Mara Salarrué* (junto a Luis Alvarenga, Ernesto Flores y Manuel Barrera). Sus trabajos han aparecido en diversas revistas centroamericanas *(ArteFacto, Realidad*), Suplementos Culturales y Periódicos de El Salvador y Nicaragua (*Tres Mil, La Prensa Literaria*) y en boletines culturales: Hoja, Catleya; desde 1993 a la fecha; en antología *Cruce de Poesía El Salvador, Nicaragua*. Actualmente es Subcoordinador alterno del Suplemento Cultural Tres Mil del Diario CoLatino. Posee mucho trabajo inédito. Ha ganado los Juegos Florales de San Salvador (2o lugar 2001), Sensuntepeque (2007) y Cojutepeque (2006).

****

Descripción necesaria

Para curarme de ignorarte, para abandonar esa obsesión
de golpear mi alma contra el olvido
insisto en tu descripción.
Eres una novela de folletín escrita para ser cobrada
por entregas
con capítulos alternos de realismo y surrealismo
con carátula bellamente desnuda de Miguel Ángel Orellana
y contraportada feyista de Antonio Bonilla.
Tu diminuta geografía, víctima de legiones melancólicas y batallas
infinitas
yace moribunda en millares de páginas,
desnuda y trémula, trémula y desnuda,
como sirena sorprendida por mareas rojas y redes pesqueras,
orlada de bosques famélicos y ríos casi extintos.
Por momentos, surges con visos de comedia, pero lloras;
o te luces con los lúgubres trazos del drama, pero ríes.
Eres una amalgama milagrosa de vírgenes iracundas
y golfas amorosas
a cuyos templos acude el tiempo sediento e infalible.
Ahí, por igual, se arrodillan y confunden energúmenos, duendes,
y quijotes que por no morir desovan futuro
sobre los famélicos días
mientras
suenan al unísono tambores de guerra y tiemblan
los templos, las plegarias y los duelos
que ya quisiera cargar en mi bolsillo.
Millones de pájaros inopinados trazan la ruta del ciego
y al sucinto aplauso abren los ojos
¿por qué habremos de extraviarnos?
¿cuál es el color de la sed que nos impele?
¡Oh país mío, cáscara amarga para curar mi desánimo!
¡Oh patria, yo sé que estamos naciendo en algún lugar
pero por favor, no se lo digamos a nadie!

Mientras la plaza sabe que tú no estás

A Nora Méndez

Y es que nosotros, somos inmortales frente as la herida.
Caen Cuervos y tarántulas sobre nuestras vísceras
y por dentro, nos crecen girasoles y manos llenas de
huracanes.

No
nacimos para tomar por asalto los laureles;
nacimos sobre el pliegue de una locura
con dioses en la palabra
y para no morir
mientras este dolor, no sea un territorio de flores.

Jorge Vargas Méndez. San Salvador 10 de mayo de 1961. Licenciado en Ciencias de la Educación. Ha obtenido diversos primeros lugares en certámenes nacionales en los géneros de poesía y cuento.Publicaciones: *"Cantos Breve para una mujer exacta"* (poesía) *"La mujer invisible, reflexiones sobre el lenguaje androcéntrico"*, "*El Salvador: sus hablantes"* y *"Mágica tierra del venado, San Pedro Masahuat, Monografía*". Antologia: *"Poesía Reforma 89*". *"Cerro de los Cusucos"*, Ayutuxtepeque, Monografía.

****

Pero a mis espaldas oigo la carroza
y su mortal guadaña,
del tiempo
acercándose maliciosamente
Entonces los gusanos probaran
pensamientos
locuras,
abierta puertas óseas;
y me parece que la tumba
es mi vasto imperio,
más lento que el invierno
pero que nadie se apostará a rezar allí

Amor esparcido en la transpiración

Y crece la madera
Como crece un seno turgente
en la noche
El labio enamorado también
es compartido con los cuervos.
La voz del cielo debajo de nuestra cama
inventa barcos vencidos de lujuria ante
tu desnudez y tu vapor.
Pronto caigo en lluvia fina sobre tu cadera
pronto caigo como sombra de piano sobre tus
hombros.
Pierdo muchas gotas cuando los sue.os
Compiten conmigo al plantar un árbol
En tu piel.
Bajo tu mirada: ese amante
Que le extraviamos su hielo
Nos pide una reina que no pueda dormir.
He encontrado la clave
para herirte con mis filosos
deseos.
Dicen las paredes que soy
un anzuelo atrapado
en un estanque de poros.

Manuel Barrera (Usulután, El Salvador, 1967.) Licenciado en la carrera de Letras en la Universidad de El Salvador (UES) perteneció al Taller Literario Xibalbá. Tiene publicado *Memorias de un Paleolítico* (Editorial Amada Libertad, 1999) *"Mitómano Suelto (DPI, 2004)"* Antologías: *Alba de otro Milenio* (Dirección de Publicaciones e Impresos, 2004), *Cruce de poesía: Nicaragua-El Salvador* (2007), *Día Internacional de la Poesía* (Alliance Francaise El Salvador, 2007)

****

Octubre es el culpable

Octubre no fue
un mes común de vientos
y piscuchas encumbradas por cipotes.

Octubre….
derrumbó el silencio,
me conjuró mujer,
te hizo hombre,
nos desnudó el espacio de pretextos,
y el amor fue
una batalla dulce de sudores.

Octubre se disfrazó
de junio, enero, marzo,
fluye en mis venas, como entonces,
acecha, sin medir las consecuencias;
octubre, compañero, es el culpable.

(libro Pieles de Mujer)

Verónica Lara

A sus padres

Verónica no tuvo la miseria en su boca
compartió su palabra,
fue siempre una sonrisa.

Fue forjando sus alas entre juegos y notas,
haciéndose maestra,
estudiante y hermana.

Bailaba como flor desprendida del viento,
en un surco de vida germinaba su canto.

Nunca hubo cansancio que venciera su entrega,
nunca un dique obstruyendo la fluidez del proceso.

Hoy su adiós nos sacude,
porque jamás fue ella
la que quiso marcharse...

Porque se queda trunca la oración que empezaba,
huérfanas las pizarras,
solitaria la silla
en un mar que en las tardes inventaba horizontes.

Hoy nos duele esta hora donde ella es recuerdo,
y nuestro abrazo no alcanza ese último instante:

Donde ella se cae, como cae una rosa,
como se cae un siglo, como cae una historia,
como cae un ropaje que ha perdido sentido.

Hoy nos duele esta hora porque vemos las sombras...
Ella, en cambio, ha encontrado un finísimo hilo,
camino de regreso a su primera casa,
una luz que la envuelve como niña de cuna,
un amor que es la fuente de todos los orígenes.

(13 de julio 2004 /inèdito).

Silvia Elena Regalado (San Salvador, El Salvador, 1961.) Ha ganado 5 premios Nacionales de Poesía (El *Wang Interdat*a de CONCULTURA 1991, *"Alfonso Hernández"* 1993, *"Juegos Florales de Mujeres"*, 1993 y *"Juegos Florales de Oriente"*, 1993 y 1994). Su poesía ha sido publicada en las antologías: *"Octubre es el culpable", "Patria chiquita","Palabras de la siempre mujer", "Poesía a mano", "Mujeres en la Literatura Salvadoreña"* y "*Ochi di rossa infuriata* (Italia, edición bilingüe), en la antología francesa sobre poesía salvadoreña de María Poumier (2002), en la antología centroamericana *"STIGAR"* publicada en Suecia en el 2004. Sus poemarios publicados en El Salvador: *Pieles de Mujer* (1995), *Desnuda de mí (*2001) e *Izquierda que aún palpitas* (2002), *Antología Intima* (2005), entre otros.

****

Libre

Ya puedes sentir miedo
le dijeron –
de ahora en adelante
un animal, como una piedra,
como una boca,
va a perseguirte.
Hoy empieza tu camino,
Ya puedes estar solo,
que el miedo
es un laberinto obsceno.

MIENTRAS LA LARGA SOMBRA EN LA DISTANCIA ALUMBRA

...nuestra voz yerra como un olvido
Alfonso Cortéz

Acaso en días desprevenidos
"nuestra voz yerra como un olvido"
y dice pérdida donde no la hay.
Acaso a tientas la larga sombra
en la distancia a las sombras ilumina
para que el odio no rodee su nombre.
Cocoteros insulares eligen
el manchón de playa que no espera tempestad
a sabiendas que pleamar rebalsa siempre.
Acaso en la umbredad el obscuro acecha al ojo
por desconocidas páginas
adentrándose como larva sobre hojas el ruido
de la noche que el negro lomo de mi gato escucha
recostada en periódicos a mi lado
cuando quémanse manos con poemas ajenos
que en el pórtico abandonan su nombre
porque
alguien entrará esta noche
alguien hablará en sueños
alguien
mientras la larga sombra en la distancia alumbra.

Carola Brantome. Poeta nacida en San Rafael del Sur, departamento de Managua, en 1961. Se graduó de periodista en 1993. Ha publicado *Más serio que un semáforo* (Managua, 1995), *Marea convocada* (Managua, 1999) y *Si yo fuera una organillera* (Managua, 2003), poemario que se alzó con el premio de la primera edición del Concurso Nacional de Poesía Escrita por Mujeres "*Mariana Sansón"* 2003, convocado por la Asociación Nicaragüense de Escritoras (ANIDE).Vivió en su ciudad natal, actualmente reside en Matagalpa y trabaja en Managua. En el año 2004, su poemario *"Postales en ciudades de arena"* recibió Mención en el Concurso *"Casa de las Américas».*

****

OJOS GRANDES CURIOSEAN

Soñaba difunta
con un ataúd rojo quemado atravesado en la puerta de la sala.
Era una niña y preguntaba ¿quién se murió?
e iba a ver la ventana de vidrio de la caja y se miraba ahí dentro.
Y pensaba que no podía ser porque ella era esa misma que miraba.

Daba la vuelta y corría a avisar que la vieran muerta, y le respondían que ahí no había nada.

Entonces ella se volvía hacia la puerta y se topaba nuevamente con su cuerpomuerto dentro del ataúd que no la dejaba salir a hacer los mandados.

22en98

Parte de hueso en decadencia

I
Mujer antónima flaquea y se come las uñas de los pies a pedacitos,
astillazos que caen filudos al hoyuelo triturante que infecciona
las emociones ante la comida digerida en el momento pasado.
Eructos como hablar entre cerdos comentan
¿qué se puede esperar de un estómago destruido?

Tania Montenegro. Poeta, narradora y periodista, nació en Estelí, Nicaragua en 1969. No ha publicado libro. El trabajo poético de Montenegro forma parte de la antología *Los huérfanos de Rubén* (2001). Asimismo sus poemas figuran en revistas y suplementos literarios, entre ellos *400 Elefantes* y *Artefacto.*

****

Un caballo

La primera vez que lloré, es decir, la primera vez que mi llanto tuvo algún sentido, la primera vez que morí, fue por un caballo. Aún recuerdo cuando aquel caballo llegó a mi vida: fue un mediodía polvoriento y relumbrante en el profundo sur de una región perdida, en una tierra de pieles cobrizas, sangre, sudor y sufrimiento. Yo tendría unos ocho años. El caballo, brioso y negro vino en un camión. Desde aquel momento empecé a amar al caballo, a mi caballo. Desde aquel momento aprendí a acostumbrarme a su sudor, sus brincos, sus estados de ánimo y aun sus mordidas (quizá es por eso que hoy no me importa mucho el dolor). Mi caballo y yo establecimos una unión muy especial. Al cabo de algún tiempo mi familia diría: *"Ese caballo te va matar"*, así que decidieron separarme del caballo. Fue entonces lo del llanto: lloré y lloré. Para ese entonces yo tendría ya unos trece años. Por un tiempo pensé que el caballo se había ido. Me hacían falta sus brincos, sus estados de ánimo, su ímpetu. Años más tarde, me daría cuenta que en realidad el caballo y yo nunca habíamos sido separados efectivamente; que mi caballo y yo habíamos establecido una unión secreta –tangible e intangible-. Es por eso que ahora cuando camino por una acera, por un pavimento o entre la gente, yo sé que galopo por una virgen pradera. En el fondo de mí aún resuenan las palabras de mi familia: *"Ese caballo te va matar"*.

Carlos Bucio, nació en Pasaquina, en el departamento de La Unión en 1967. En la actualidad estudia antropología en Canadá. Emotivamente acude a imágenes que parten de su vida, desde su infancia en el campo hasta el sofisticado mundo donde reside. Perteneció a Xibalbá.

****

En tu ausencia

En tu ausencia
un inexplicable temor cayó en mi esplda
hasta espantar mi cordura
el calor de la mira mortal
quemaba mis entrecortadas y confusas sensaciones
perlas agitadas brotaban de mis poros
rodando por mi cuerpo
sin encontrar donde guarecerse
hasta hacerme sentir con sus hileras
la necesidad de tu pecho y de tus hombros
para fundirnos en un abrazo
y con él
estrangular al miedo
revertir el calor metálico
y darle al enemigo su dosis de infierno
La esperanza y mi amor por ti
vinieron,
alzáronme su vuelo
haciéndome caer en la cuenta
que la cobardía es un arma depuesta
ante los estertores nocturnos
y que sólo el valor de enlazar nuestras manos
y juntar nuestros hombros
nos llevará a levantarnos con el anhelado amanecer
Sólo entonces la cordura volvió a mi cuerpo

13 de septiembre

Aquí me tienes
entre estas húmedas paredes.
Entre estas húmedas paredes
que aprisionan mi vida;
las que por hoy,
me instalan con más fuerzas
sueños de libertad.

Nimia Romero. Nació en Chalatenango. Estudió Letars en la Universidad de El Salvador. Actualmente ejerce la docencia.

****

Deseo

Como quisiera soltar pececillos de colores
en el océano azul de tu vientre
escupir esporas en ese obscuro universo
para gestar de luces estelares tus sentidos
y tener así la sensación
de haber alzado un vuelo instantáneo
al infinito.

Pedro Hernández, Perteneció al TLX y después se integró al Movimiento Cultural Xibalbá. Cantautor muy reconocido.

****

Tenemos que partir un diálogo.

Cómo cuesta entablar conversación con la muerte,
decirle que mi espalda llagada por el infierno
se erige en la torre de marfil de la burla,
decirle que el arcaico movimiento del universo
descansa sus inflamadas piernas
en los peldaños harapientos de la locura.
Cómo cansa hablar de la muerte
tan horrenda que se dibuja al trasluz de la ventana,
polvorienta de enigmas.
Muerte achacosa
que anidas tu miedo en mi pecho
y lo arrojas con sangre.

Tomado del Poemario: Extraño Recital de Amor y Otras Revelaciones (patria, no te pongas celosa)

Impunidad

La burla cierne sus tentáculos sobre mi cabeza
tenaza a tenaza se ríe al contar mis entrañas
los pies le sostienen, artrítica.
Envuelta, peldaño a peldaño asciende
prohibida a los ojos del profano.
Sobre mi columna, vértebra a vértebra
deposita sus huevos parásitos
monstruos helados
taladrando mi voz de espanto
convirtiendo en pesadillas mis avalanchas ruinosas
arrastrando mi cadáver
con el dolor del alma
que elabora en mi garganta
este grito de agustia.

Rafael Herrera (QDDG). (1961). Nació en San Salvador, Estudiante de Comunicaciones. Miembro del Taller Literario Xibalbá y del Movimiento Cultural"Xibalbá" . Obtuvo el segundo lugar en los "*IV Juegos Florales de Cojutepeque"*, 1990. No publicó libro y sus trabajos se encuentran dispersos y están siendo recopilados por su hija Alma Herrera

****

El cuento de la semana

« Dos cuentos católicos. »

Roberto Bolaño [Chile, 1953-2003].

I. La vocación.

Tenía diecisiete años y mis días, quiero decir todos mis días, uno detrás de otro, eran un temblor constante. Nada me entretenía, nada vaciaba la angustia que se acumulaba en mi pecho. Vivía como un actor imprevisto dentro del ciclo iconográfico del martirio de San Vicente. ¡San Vicente, diácono del obispo Valero y torturado por el gober-nador Daciano en el año 304, ten piedad de mí!

A veces hablaba con Juanito. No, a veces no. A menudo. Nos sentábamos en los sillones de su casa y hablábamos de cine. A Juanito le gustaba Gary Cooper. Decía: la apostura, la templanza, la limpieza de alma, el valor. ¿Templanza? ¿Valor? Le hubiera escupido a la cara lo que se ocultaba tras sus certezas, pero prefería enterrar las uñas en el reposabrazos y morderme los labios cuando él no me miraba e incluso cerrar los párpados y hacer como que meditaba sus palabras. Pero yo no meditaba. Al contrario: se me aparecían, bajo la forma de un carrusel, las imágenes del martirio de San Vicente.

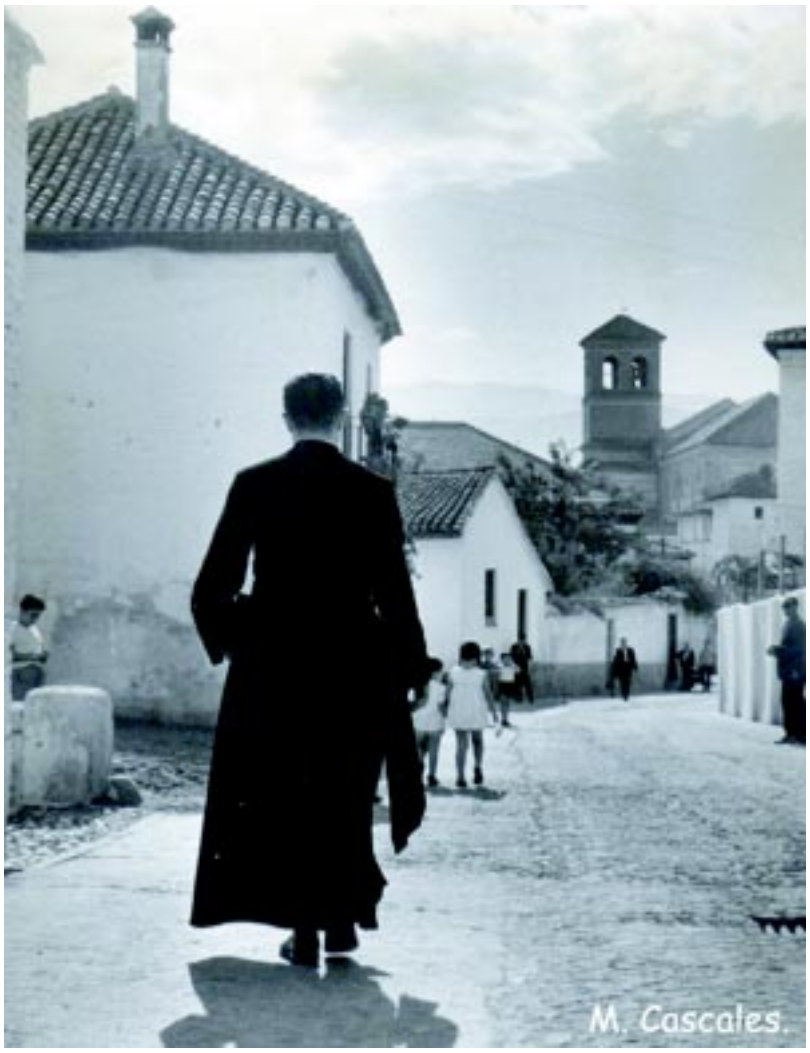
Primero: atado a un aspa de madera, es descoyuntado mientras le desgarran la carne con garfios. Y luego: sometido al tormento del fuego en una parrilla sobre brasas. Y luego: preso en una mazmorra cuyo suelo está cubierto de cascotes de vidrio y de cerámica. Y luego: el cadáver del mártir, abandonado en lugar desierto, es defendido por un cuervo contra la voracidad de un lobo. Y luego: desde una barca es arrojado su cuerpo al mar con una rueda de molino atada al cuello. Y luego: el cuerpo es devuelto por las olas a la costa y allí piadosamente enterrado por una matrona y otros cristianos.

A veces sentía mareos. Ganas de vomitar. Juanito hablaba de la última película que habíamos visto y yo asentía con la cabeza y notaba que me estaba ahogando, como si los sillones estuvieran en el fondo de un lago muy profundo. Recordaba el cine, recordaba el momento de comprar las entradas, pero era incapaz de recordar las escenas que mi amigo, ¡mi único amigo!, rememoraba, como si la oscuridad del fondo del lago lo hubiera invadido todo. Si abro la boca tragaré agua. Si respiro tragaré agua. Si sigo vivo tragaré agua y mis pulmones se encharcarán por los siglos de los siglos.

En ocasiones entraba en la habitación la madre de Juanito y me preguntaba cosas íntimas. Cómo iban mis estudios, qué libro estaba leyendo, si había ido al circo que se había instalado en las afueras de la ciudad. La madre de Juanito vestía siempre muy elegante y era, como nosotros, una adicta al cine.

Alguna vez soñé con ella, alguna vez abrí la puerta de su dormitorio y en vez de ver una cama, un tocador, un armario, vi una habitación vacía, con suelo de ladrillos rojos, que sólo hacía las veces de antesala de un largo pasillo, un pasillo larguísimo, como el túnel de la carretera que atraviesa la montaña y que luego se dirige hacia Francia, sólo que en este caso el túnel no estaba en la parte alta de la carretera sino en la habitación de la madre de mi mejor amigo. Esto más vale que lo recuerde constantemente: mi mejor amigo. Y el túnel, al revés de lo que suele pasar en un túnel de montaña, parecía suspendido en un silencio fragilísimo, como el silencio de la segunda quincena de enero o de la primera quincena de febrero.

Actos nefandos en noches aciagas. Se lo recité a Juanito. ¿Actos nefandos, noches aciagas? ¿El acto es nefando porque la noche es aciaga o la noche es aciaga porque el acto es nefando? Qué preguntas son ésas, dije casi llorando. Tú estás chalado. Tú no entiendes nada, dije mirando por la ventana.



El cura y su parroquia.

El padre de Juanito es de estatura pequeña pero de porte arrojado. Fue militar y durante la guerra recibió varias heridas. Sus medallas cuelgan de una pared de su estudio, en un estuche con tapa de vidrio. Cuando llegó a la ciudad, dice Juanito, no conocía a nadie y quienes no lo miraban con temor lo hacían con resentimiento. Aquí conoció, al cabo de unos meses, a mi madre, dice Juanito. Durante cinco años fueron novios. Luego mi padre la llevó al altar. Mi tía a veces habla del padre de Juanito. Según ella, fue un jefe de policía honrado. Al menos, eso se decía. Si una sirvienta robaba en casa de sus señores, el padre de Juanito la encerraba tres días y no le daba ni un mendrugo. Al cuarto día la interrogaba él personalmente y la sirvienta se apresuraba a confesar su pecado: el lugar exacto donde estaban las joyas y el nombre del gañán que las había robado. Después los guardias detenían al hombre y lo ingresaban en prisión y el padre de Juanito metía a la sirvienta en un tren y le aconsejaba que no volviera.

Estas acciones eran celebradas por todo el pueblo, como si el jefe de policía demostrara con ellas su preeminencia intelectual.

Cuando llegó el padre de Juanito sólo tenía trato social con los asiduos del casino. La madre de Juanito tenía diecisiete años y era muy rubia, a juzgar por las fotos que cuelgan en algunos rincones de la casa, mucho más que ahora, y había terminado sus estudios en el Corazón de María, el colegio de monjas que está en la parte norte de la ciudadela. El padre de Juanito debía de tener unos treinta. Todavía, aunque ya está jubilado, va todas las tardes al casino y bebe carajillos o una copa de coñac y también suele jugar a los dados con los asiduos. Otros asiduos que ya no son los asiduos de su época, pero como si lo fueran, porque la admiración ya se da por sentada. El hermano mayor de Juanito vive en Madrid, en donde es un abogado famoso. La hermana de Juanito está casada y también vive en Madrid. En esta bendita casa sólo quedo yo, dice Juanito. ¡Y yo! ¡Y yo!

Nuestra ciudad cada día es más pequeña. A veces tengo la impresión de que todos se están marchando o están encerrados en sus cuartos preparando las maletas. Si yo me marchara no llevaría maleta. Ni siquiera un hatillo con unas pocas pertenencias. A veces hundo la cabeza en las manos y escucho a las ratas que corren por las paredes. San Vicente, dame fuerzas. San Vicente, dame templanza.

¿Tú quieres ser santo?, me dijo la madre de Juanito hace dos años. Sí, señora. Me parece muy buena idea, pero tienes que ser muy bueno. ¿Lo eres? Procuro serlo, señora. Y hace un año, mientras iba caminando por General Mola, el padre de Juanito me saludó y luego se detuvo y me preguntó si era yo el sobrino de Encarnación. Sí, señor, le dije. ¿Tú eres el que quiere ser cura? Asentí con una sonrisa.

¿Por qué asentir con una sonrisa? ¿Por qué pedir perdón con una sonrisa de imbécil? ¿Por qué mirar hacia otro lado sonriendo como un tarugo?

Por humildad.

Eso está muy bien, dijo el padre de Juanito. Cojonudo. Hay que estudiar mucho, ¿verdad? Asentí con una sonrisa. ¿Y ver menos películas? Sí, señor, yo voy poco al cine.

Vi alejarse la figura erguida del padre de Juanito, parecía como si caminara con las puntas de los pies, un hombre viejo pero todavía enérgico. Lo vi bajar las escalinatas que llevan a la calle de los Vidrieros, lo vi desaparecer sin un solo temblor, sin una sola vacilación, sin mirar ni un solo escaparate. La madre de Juanito, por el contrario, siempre miraba escaparates y a veces entraba en las tiendas y si tú te quedabas afuera, aguardándola, podías escuchar, a veces, su risa. Si abro la boca tragaré agua. Si respiro tragaré agua. Si sigo vivo tragaré agua y mis pulmones se encharcarán por los siglos de los siglos.

¿Y tú qué vas a ser, gilipollas?, me dijo Juanito. ¿Ser o hacer?, dije yo. Ser, gilipollas. Lo que Dios quiera, dije. Dios pone a cada uno en su lugar, dijo mi tía. Nuestros antepasados fueron gente de bien. No hubo soldados en nuestra familia, pero sí curas. Como quién, dije yo mientras empezaba a dormirme. Mi tía gruñó. Vi una plaza llena de nieve y vi a los campesinos que acudían con sus productos al mercado, barrer la nieve e instalar cansinamente sus tenderetes. San Vicente, por ejemplo, saltó mi tía. El diácono del obispo de Zaragoza, que en el año 304, aunque quien dice 304 puede decir 305 o 306 o 307 o 303 de nuestra era, fue apresado y trasladado a Valencia en donde Daciano, el gobernador, lo sometió a crueles torturas, a resultas de las cuales murió.

¿Por qué crees que San Vicente va vestido de rojo?, le pregunté a Juanito. Ni idea. Porque todos los mártires de la iglesia llevan una prenda roja, para ser distinguidos como tales. Este niño es inteligente, dijo el padre Zubieta. Estábamos solos y el estudio del padre Zubieta helaba los huesos y el padre Zubieta o mejor dicho las ropas del padre Zubieta olían a tabaco negro y a leche agria, todo mezclado. Si decides ingresar al seminario, nuestras puertas están abiertas. La vocación, la llamada de la vocación, hace temblar, pero no exageremos. ¿Temblé?, ¿sentí que se removía la tierra?, ¿experimenté el vértigo del matrimonio divino?

No exageremos, no exageremos. Los rojos visten igual, dijo Juanito. Los rojos visten de caqui, dije yo, de verde, con franjas de camuflaje. No, dijo Juanito, los putos rojos visten de rojo. Y las putas también. Un tema que despertó mi interés. ¿Las putas? ¿Las putas de dónde? Pues las putas de aquí, dijo Juanito, y supongo que también las de Madrid. ¿Aquí, en nuestra ciudad? Sí, dijo Juanito y quiso cambiar de tema. ¿En nuestra ciudad o en nuestro pueblo o en nuestro desamparo hay putas? Pues sí, dijo Juanito. Yo creía que tu padre las había corregido a todas. ¿Corregido? ¿Es que te has creído que mi padre es un cura? Mi padre fue un héroe de guerra y después comisario de policía. Mi padre no corrige nada. Investiga y descubre. Punto. ¿Y dónde has visto tú a las putas? En el cerro del Moro, donde han vivido siempre, dijo Juanito. Dios santo.

Mi tía dice que San Vicente. Basta ya con tu tía y con San Vicente, tu tía está loca perdida. ¿Cómo vas a tener una familia que se remonte hasta el año 300? ¿Dónde has visto tú una familia tan antigua? Ni la casa de Alba. Y al cabo de un rato: tu tía no es mala persona, al contrario, es buena, pero no tiene el juicio muy claro. ¿Esta tarde iremos al cine? Dan una película con Clark Gable. Y la madre de Juanito: id, id, yo fui hace dos días y es una historia entretenidísima. Y Juanito: madre, es que éste no tiene dinero. Y la madre de Juanito: pues se lo prestas tú y santas pascuas.

Dios se apiade de mi alma. A veces siento deseos de que se mueran todos. Mi amigo y su madre y su padre y mi tía y todos los vecinos y los viandantes y los automovilistas que dejan sus coches estacionados junto al

Curita loco

río y hasta los pobres inocentes niños que corretean por el parque junto al río. Dios tenga piedad de mi alma y me haga mejor. O me deshaga.

Si todos se murieran, además, ¿qué haría yo con tantos cadáveres? ¿Cómo podría seguir viviendo en esta ciudad o semiciudad? ¿Me ocuparía yo de enterrarlos a todos? ¿Arrojaría sus cuerpos al río? ¿De cuánto tiempo dispondría antes de que la carne se corrompiera, antes de que el hedor se hiciera insoportable? Ah, la nieve.

La nieve cubría las calles de nuestra ciudad. Antes de entrar al cine compramos castañas y peladillas. Llevábamos las bufandas subidas hasta la nariz y Juanito se reía y hablaba de aventuras en las antiguas colonias holandesas de Asia. A nadie dejaban pasar con castañas, por un asunto de primordial higiene, pero a Juanito sí que lo dejaban pasar. Esta película la hubiera interpretado mejor Gary Cooper, dijo Juanito. Asia. Chinos. Leprosarios. Mosquitos.

Al salir nos separamos en la calle de los Cuchillos. Yo me quedé quieto bajo la nieve y Juanito echó a correr rumbo a su casa. Pobre potrillo, pensé, pero Juanito sólo tenía un año menos que yo. Cuando desapareció subí por la calle de los Toneleros hasta la plaza del Sordo y luego torcí el camino y me dirigí, bordeando las murallas de la antigua fortaleza, hacia el cerro del Moro. La luz de las farolas se reflejaba contra la nieve y las fachadas de las viejas casas parecían recoger, de forma efímera pero también de forma natural, diríase serena, los oropeles del pasado. Me asomé a una ventana enjalbegada y vi una sala bien

Pieza en Museo de Barcelona, España

dispuesta, con un Sagrado Corazón de Jesús presidiendo una de las paredes. Pero yo era ciego y sordo y seguí subiendo, por la acera de la sombra, cosa de no ser reconocido. Cuando llegué a la plazuela del Cadalso me di cuenta, sólo entonces, de que no me había cruzado con ningún viandante durante toda la ascensión. Con este frío, me dije, no habrá persona que cambie los calores del hogar por la crudeza de las calles. Ya había anochecido y desde la plazuela se veían las luces de algunos barrios y los puentes a partir de la plaza de don Rodrigo y el recodo que hace el río antes de seguir su curso hacia el este. En el cielo brillaban las estrellas. Pensé que parecían copos de nieve. Copos suspendidos, es decir elegidos por Dios para permanecer inmóviles en el firmamento, pero copos al fin y al cabo.

Me estaba quedando helado. Decidí volver a casa de mi tía y tomar chocolate caliente o una sopa caliente junto a la estufa. Me sentía cansado y la cabeza me daba vueltas. Rehice el camino. Entonces lo vi. Al principio sólo fue una sombra.

Pero no era una sombra sino un monje. A juzgar por el hábito podía ser un franciscano. Llevaba capucha, una gran capucha que velaba casi totalmente su rostro reflexivo. ¿Por qué digo reflexivo? Porque miraba el suelo.

¿De dónde venía? ¿De dónde había salido? Lo ignoro. Tal vez de dar la extremaunción a un moribundo. Tal vez de asistir a un niño enfermo. Tal vez de proveer con escasas viandas a un indigente. Lo cierto es que caminaba sin hacer ningún ruido. Durante un segundo creí que era una aparición. No tardé en comprender que la nieve atenuaba cualquier pisada, incluso las mías.

Iba descalzo. Cuando me di cuenta me sentí herido por un rayo. Bajamos del cerro del Moro. Al pasar por la iglesia de Santa Bárbara lo vi persignarse. Sus huellas purísimas refulgían en la nieve como un mensaje de Dios. Me puse a llorar. De buena gana me hubiera arrodillado para besar esas huellas cristalinas, esa respuesta que durante tanto tiempo había aguardado, pero no lo hice por temor a perderlo de vista en cualquier calleja. Salimos del centro. Atravesamos la Plaza Mayor y luego cruzamos un puente. El monje caminaba a buen paso, ni lento ni rápido, a buen paso, como debe caminar la Iglesia.

Nos alejamos por la avenida Sanjurjo, bordeada de plátanos, hasta llegar a la estación. El calor allí era considerable. El monje entró a los lavabos y luego compró un billete de tren. Al salir, sin embargo, me fije que se había puesto zapatos. Sus tobillos eran delgados como cañas. Salió al andén. Lo vi sentado, con la cabeza gacha, esperando y orando. Me quedé de pie, temblando de frío, oculto por uno de los pilares del andén. Cuando el tren llegó el monje saltó a uno de los vagones con una agilidad sorprendente.

Al salir, ya solo, intenté buscar sus huellas en la nieve, las huellas de sus pies descalzos, pero no encontré ni rastro de ellas.

II. El azar.

Le pregunté qué edad creía que yo tenía. Dijo que sesenta aunque sabía que yo no tenía esa edad. ¿Tan mal estoy?, le pregunté. Peor que mal, dijo. ¿Y tú te crees que estás mejor?, le dije. ¿Y si estás mejor por qué tiemblas? ¿Tienes frío? ¿Te has vuelto loco? ¿Y por qué me hablas sin que venga a cuento del comisario Damián Valle? ¿Él todavía es comisario? ¿Él no ha cambiado? Dijo que algo había cambiado, pero que seguía siendo un hijo de puta de mucho cuidado.

¿Todavía es comisario? Como si lo fuera, dijo. Si te quiere hacer daño te hará daño, esté jubilado o muriéndose en el hospital. ¿Y por qué tiemblas?, le dije después de pensar unos minutos. Tengo frío, mintió, y además me duelen los dientes. No me hables más de don Damián, le dije. ¿Es que yo soy amigo de ese madero? ¿Es que me junto con esbirros? No, dijo. Pues no me hables más de él.

Durante un rato estuvo meditando. No sé en qué meditaría. Luego me dio un mendrugo de pan. Estaba duro y le dije que si comía esos manjares no me extrañaba que le dolieran los dientes. En el manicomio comíamos mejor, le dije, y eso es mucho decir. Vete de aquí, Vicente, me dijo el viejo. ¿Sabe alguien que estás aquí? ¡Pues entonces, albricias! Ahueca antes de que se enteren. No saludes a nadie. No despegues la vista del suelo y vete lo antes posible.

Pero no me fui de inmediato. Me puse en cuclillas delante del viejo y traté de pensar en los buenos tiempos. Tenía la mente en blanco. Creí que algo se quemaba dentro de mi cabeza. El viejo, a mi lado, se arrebujó con una manta y movió las mandíbulas como si masticara, aunque no tenía nada en la boca. Recordé los años en el manicomio, las inyecciones, las sesiones de manguera, las cuerdas con que ataban a muchos por la noche. Vi otra vez aquellas camas tan curiosas que se ponían de pie mediante un ingenio de poleas. Sólo al cabo de cinco años me enteré para qué servían. Los internos las llamaban camas americanas.

¿Puede un ser humano acostumbrado a dormir en posición horizontal hacerlo en posición vertical? Puede. Al principio es difícil. Pero si lo atan bien, puede. Las camas americanas servían para eso, para que uno durmiera tanto en posición horizontal como en posición vertical. Y su función no era, como pensé cuando las vi por primera vez, castigar a los internos, sino evitar que estos murieran ahogados por sus propios vómitos.

Por supuesto, había internos que hablaban con las camas americanas. Las trataban de usted. Les contaban cosas íntimas. También había internos que les temían. Algunos decían que tal cama le había guiñado un ojo. Otro que tal otra lo había violado. ¿Que una cama te dio por el culo? ¡Pues estás jodido, tío! Se decía que las camas americanas, de noche, recorrían muy erguidas los pasillos y se iban a conversar, todas juntas, al refectorio, y que hablaban en inglés, y que a estas reuniones iban todas, las vacías y las que no estaban vacías, y, por supuesto, quienes contaban estas historias eran los internos que por una u otra causa las noches de reunión permanecían atados a ellas.

Por lo demás, la vida en el manicomio era muy silenciosa. En algunas zonas vedadas se oían gritos. Pero nadie se acercaba a esas zonas ni abría la puerta ni aplicaba el ojo a la cerradura. La casa era silenciosa, el parque, que cuidaban dos jardineros que también estaban locos y que no podían salir, aunque estaban menos locos que los demás, era silencioso, la carretera que se veía a través de los pinos y los álamos era silenciosa, incluso nuestros pensamientos discurrían en medio de un silencio que asustaba.

La vida, según como se la mirara, era regalada. A veces nos mirábamos y nos sentíamos privilegiados. Somos locos, somos inocentes. Sólo la espera, cuando uno esperaba algo, enturbiaba esa sensación. La mayoría, sin embargo, mataba la espera enculando a los más débiles o dejándose encular. ¿Lo hice yo?, decíamos. ¿Verdaderamente lo hice yo? Y luego sonreíamos y pasábamos a otro asunto. Los doctores, los señores facultativos, no se enteraban de nada, y los enfermeros y auxiliares, mientras no les causáramos problemas a ellos, hacían la vista gorda. En más de una ocasión se nos fue la mano. ¡El hombre es un animal!

Eso pensaba a veces. En el centro de mi cerebro se materializaba eso. Sobre eso reflexionaba y reflexionaba hasta que la mente se quedaba en blanco. A veces, al principio, oía como cables entrelazados. Cables de electricidad o serpientes. Pero por lo general, más a medida que el tiempo me alejaba de aquellas escenas, la mente se quedaba en blanco: sin ruidos, sin imágenes, sin palabras, sin rompeolas de palabras.

De todas maneras yo nunca me he creído más listo que nadie. Nunca he expuesto mi inteligencia con soberbia. Si hubiera ido a la escuela ahora sería abogado o juez. ¡O inventor de una cama americana mejor que las camas americanas del manicomio! Tengo palabras, eso lo admito humildemente. No hago alarde de ello. Y así como tengo palabras tengo silencio. Soy silencioso como un gato, me lo dijo el viejo cuando él ya era viejo pero yo todavía era un chaval.

No nací aquí. Según el viejo nací en Zaragoza y mi madre, por necesidad, se vino a vivir a esta ciudad. A mí me da igual una ciudad que otra. Aquí, si no hubiera sido pobre, habría podido estudiar. ¡No importa! Aprendí a leer. ¡Suficiente! Más vale no hablar más del tema. También aquí hubiera podido casarme. Conocí a una chica que se llamaba, no me acuerdo, tenía un nombre como todas las mujeres y en algún momento hubiera podido casarme con ella. Luego conocí a otra chica, mayor que yo y, como yo, extranjera, del sur, de Andalucía o Murcia, una guarra que nunca estaba de buen humor. Con ella también hubiera podido formar una familia, tener un hogar, pero yo estaba destinado a

El suplicio de San Vicente, Obispo y Mártir de Zaragoza, España.

Santa Bárbara, patrona de la minería y de Sensuntepeque. Derecha, retablo de esta misma mártir del Cristianismo.

otros fines y la guarra también.

La ciudad, a veces, me ahogaba. Demasiado pequeña. Me sentía como si estuviera encerrado en un crucigrama.

Por aquella época empecé, sin más dilaciones, a pedir en las puertas de las iglesias. Llegaba a las diez de la mañana y me instalaba en las escalinatas de la catedral o subía a la iglesia de San Jeremías, en la calle José Antonio, o a la iglesia de Santa Bárbara, que era mi iglesia favorita, en la calle Salamanca, y a veces, incluso, cuando me instalaba en las escalinatas de la iglesia de Santa Bárbara, antes de iniciar mi jornada de trabajo, entraba a misa de diez y oraba con todas mis fuerzas, que era como reírse en silencio, reír, reír, feliz de la vida, y a más oraba más me reía, que era la forma en que mi naturaleza se dejaba penetrar por lo divino, y esa risa no era una falta de respeto ni era la risa de un descreído, sino todo lo contrario, era la risa atronadora de una oveja trémula ante su Creador.

Después me confesaba, contaba mis desdichas y mis vicisitudes, y luego comulgaba y finalmente, antes de volver a la escalinata, me detenía unos segundos ante la imagen de Santa Bárbara. ¿Por qué siempre estaba acompañada por un pavo real y por una torre? Un pavo real y una torre. ¿Qué significaba?

Una tarde se lo pregunté al cura. ¿Cómo es que te interesan estas cosas?, me preguntó a su vez. No lo sé padre, por curiosidad, le respondí. ¿Sabes que la curiosidad es una mala costumbre?, dijo. Lo sé, padre, pero mi curiosidad es sana, yo siempre le rezo a Santa Bárbara. Haces bien, hijo, dijo el cura, Santa Bárbara tiene buena mano con los pobres, tú sigue rezándole. Pero lo que yo quiero es saber lo del pavo real y la torre, dije yo. El pavo real, dijo el cura, es símbolo de inmortalidad. La torre tiene tres ventanas, ¿lo has notado? Pues las ventanas están puestas en la torre para representar las palabras de la santa, que dijo que la luz entró en ella o iluminó su casa por las ventanas del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. ¿Lo entiendes?

No tengo estudios, padre, pero tengo juicio y sé discernir, le respondí.

Después me iba a ocupar mi lugar, el lugar que me pertenecía, y pedía hasta que la iglesia cerraba las puertas. En la palma de la mano siempre me dejaba una moneda. Las otras, en el bolsillo. Y aguantaba el hambre aunque viera a otros comer pan o trozos de salchichón y queso. Yo pensaba. Pensaba y estudiaba sin moverme de las escalinatas.

Así supe que el padre de Santa Bárbara, un señor poderoso llamado Dióscuro, la hizo encerrar en una torre, es decir la encarceló, debido a los pretendientes que la acosaban. Y supe que Santa Bárbara antes de entrar en la torre se bautizó a sí misma con las aguas de un estanque o de un regadío o de una pileta donde los campesinos almacenaban el agua de la lluvia. Y supe que escapó de la torre, la torre de las tres ventanas por donde entró la luz, pero fue detenida y llevada ante el juez. Y el juez la condenó a muerte.

Todo lo que enseñan los curas está frío. Es sopa fría. Infusión fría. Mantas que no calientan durante el crudo invierno.

Vete de aquí, Vicente, me dijo el viejo sin dejar de mover los carrillos. Como si comiera pipas. Consíguete una ropa que te haga invisible y lárgate antes de que se entere el comisario.

Metí la mano en el bolsillo y, sin sacarla, conté mis monedas. Había empezado a nevar. Le dije adiós al viejo y salí a la calle.

Caminé sin rumbo. Sin un plan preconcebido. Desde la calle Corona observé la iglesia de Santa Bárbara. Recé un poco. Santa Bárbara, apiádate de mí, dije. Tenía el brazo izquierdo dormido. Tenía hambre. Tenía ganas de morirme. Pero no para siempre. Tal vez sólo tenía ganas de dormir. Me castañeteaban los dientes. Santa Bárbara, ten piedad de tu servidor.

Cuando la decapitaron, quiero decir cuando le cortaron la cabeza a Santa Bárbara, cayó un rayo del cielo que fulminó a sus verdugos. ¿También al juez que la condenó? ¿También a su padre que la encerró? Cayó un rayo y antes se oyó el estampido de un trueno. O al revés. Auténtico. Dios mío, Dios mío, Dios mío.

No me acerqué más. Me contenté con ver la iglesia desde lejos y luego eché a caminar hasta un bar donde en mis tiempos se comía barato. No lo encontré. Entré en una panadería y compré una barra de pan. Después salté una tapia y me lo comí a salvo de miradas indiscretas. Sé que está prohibido saltar tapias y comer en jardines abandonados o en casas derruidas, por la propia seguridad del infractor. Te puede caer una viga encima, me dijo el comisario Damián Valle. Además, es propiedad privada. Está hecho mierda, criadero de arañas y ratas, pero sigue siendo, hasta el fin de los días, propiedad privada. Y te puede caer una viga encima de la cabeza y destrozarte ese cráneo privilegiado, me dijo el comisario Damián Valle.

Después de comer salté la tapia y estuve otra vez en la calle. De pronto, me sentí triste. No sé si era la nieve o qué. Comer, últimamente, me produce desconsuelo. Cuando como no estoy triste, pero después de comer, sentado sobre un ladrillo, mirando caer los copos de nieve sobre el jardín abandonado, no sé. Desconsuelo y congoja. Así que me palmeé las piernas y eché a andar. Las calles empezaron a vaciarse. Durante un rato estuve mirando aparadores. Pero era mentira. Lo que hacía era buscar mi imagen en las vitrinas, en los ventanales. Después se acabaron los ventanales y sólo había escaleras. Agaché la cabeza y subí. Luego una calle. Luego la parroquia de la Concepción. Luego la iglesia de San Bernardo. Luego las murallas y más allá la fortaleza. No se veía ni un alma. Estaba en el cerro del Moro. Recordé las palabras del viejo: vete, vete, que no te pillen otra vez, desgraciado. Todo el mal que hice. Santa Bárbara, apiádate de mí, apiádate de tu pobre hijo. Recordé que por aquellas callejuelas vivía una mujer. Decidí visitarla, pedirle un plato de sopa, un suéter viejo que ya no quisiera, algo de dinero para comprar un billete de tren. ¿Dónde vivía esta mujer? Me metí en callejas cada vez más estrechas. Vi un portalón y golpeé. No abrió nadie. Empujé el portalón y accedí a un patio. A alguien se le había olvidado recoger la colada y ahora la nieve caía sobre la ropa de colores amarillentos. Me abrí paso por entre camisas y calzoncillos y llegué a una puerta con una aldaba de bronce que parecía un puño. Acaricié la aldaba pero no llamé. Empujé la puerta. Afuera empezaba a oscurecer a toda prisa. Tenía la mente en blanco. Los copos de nieve chisporroteaban. Avancé. No recordaba ese pasillo, no recordaba el nombre de la mujer, era una guarra, buena persona, injusta aunque le dolía, no recordaba esa oscuridad, esa torre sin ventanas. Pero entonces vi una puerta y me colé sigilosamente. Era una especie de almacén de granos, con sacos apilados hasta el techo. En un rincón había una cama. Tendido en la cama vi a un niño. Estaba desnudo y tiritaba. Saqué mi navaja del bolsillo. Sentado a una mesa vi a un fraile. La capucha le velaba el rostro, que tenía inclinado, absorto en la lectura de un misal. ¿Por qué el niño estaba desnudo? ¿Es que no había en aquella habitación ni una manta? ¿Por qué el fraile leía su misal en vez de arrodillarse y pedir perdón? Todo se tuerce en algún momento. El fraile me miró, dijo algo, le respondí. No se me acerque, dije. Después le clavé la navaja. Los dos nos quejamos hasta que él se quedó quieto. Pero yo tenía que asegurarme y se la volví a clavar. Después maté al niño. ¡Rápido, por Dios! Después me senté en la cama y tiritè durante un rato. Basta. Era necesario irse. Tenía la ropa manchada de sangre. Busqué en los bolsillos del fraile y encontré dinero. En la mesa había unos boniatos. Me comí uno. Bueno y dulce. Abrí, mientras me comía el boniato, un armario. Sacos de cebolla y patatas. Pero colgando en el perchero había un hábito limpio. Me desnudé. Qué frío hacía. Después de revisar cada bolsillo, para no dejar pruebas incriminatorias, puse mi ropa en un saco, incluidos los zapatos y me até el saco a la cintura. Jódete, Damián Valle. En ese momento me di cuenta de que estaba dejando marcadas mis pisadas por toda la habitación. Tenía las plantas llenas de sangre. Durante un rato, sin dejar de moverme, las observé con atención. Me entraron ganas de reír. Eran huellas bailadoras. Huellas de San Vito. Huellas que no iban a ninguna parte. Pero yo sabía adónde ir.

Todo estaba oscuro, menos la nieve. Empecé a bajar del cerro del Moro.

Iba descalzo y hacía frío. Mis pies se enterraban en la nieve y a cada paso que daba la sangre se iba despegando de mi piel. Al cabo de unos metros me di cuenta de que alguien me seguía. ¿Un policía? No me importó. Ellos gobernaban la tierra, pero yo sabía en ese momento, mientras caminaba por la nieve luminosa, que el jefe era yo.

Dejé atrás el cerro del Moro, en el plan la nieve era aún más alta, crucé un puente, vi de reojo, con la cabeza gacha, la sombra de una estatua ecuestre. Mi perseguidor era un adolescente gordo y feo. ¿Quién era yo? Eso no importaba nada.

Me despedí de todo lo que iba viendo. Era emocionante. Aceleré el paso para entrar en calor. Crucé el puente y fue como si cruzara el túnel del tiempo.

Hubiera podido matar al chaval, obligarlo a seguirme hasta un callejón y allí pincharlo hasta que la palmara. ¿Pero para qué? Seguramente era el hijo de una puta del cerro del Moro y jamás diría nada.

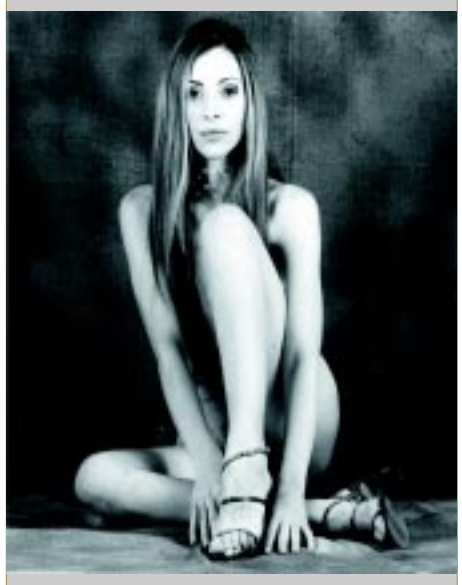
En los lavabos de la estación limpié mis viejos zapatos, les eché agua, borré las manchas de sangre. Tenía los pies dormidos. Despertad. Después compré un billete en el siguiente tren. En cualquiera, sin importarme su destino.

El tirafuego, de Nejapa, San Salvador.

El poema de la semana

« Amor »

Cintio Vitier
[Cuba 1921-2009]



Si vieras en qué playa te he querido
y en qué estrella te ocultas invencible,
qué acentos de mi voz has escogido,
hasta dónde te hunde lo imposible
desde mi sueño al tuyo melodioso
como una clara ola que me inunda.

Cruzáramos los dos el negro foso
de la tierra y el mar que nos circunda,
y cruzáramos más: la tibia fuente
de luz definidora, el campo serio
de flor que nos aguarda, y, lentamente,
hiciéramos de amor un fijo imperio.

Fotografía de Wilfredo Díaz.
Por una cora. 2004.

«Jim.»

Un cuento de Roberto Bolaño

(Chile, 1953-2003).

Un grupo de bufones escupe fuego durante un desfile del carnaval en Barranquilla, Colombia, el 22 de febrero de 2009 (Fernando Vergara).

Hace muchos años tuve un amigo que se llamaba Jim y desde entonces nunca he vuelto a ver a un norteamericano más triste. Desesperados he visto muchos. Tristes, como Jim, ninguno. Una vez se marchó a Perú, en un viaje que debía durar más de seis meses, pero al cabo de poco tiempo volví a verlo. ¿En qué consiste la poesía, Jim? le preguntaban los niños mendigos de México. Jim los escuchaba mirando las nubes y luego se ponía a vomitar. Léxico, elocuencia, búsqueda de la verdad. Epifanía.

Como cuando se te aparece la Virgen. En Centroamérica lo asaltaron varias veces, lo que resultaba extraordinario para alguien que había sido marine y antiguo combatiente en Vietnam. No más peleas, decía Jim. Ahora soy poeta y busco lo extraordinario para decirlo con palabras comunes y corrientes. ¿Tú crees que existen palabras comunes y corrientes? Yo creo que sí, decía Jim. Su mujer era una poeta chicana que amenazaba, cada cierto tiempo, con abandonarlo. Me mostró una foto de ella. No era particularmente bonita. Su rostro expresaba sufrimiento y debajo del sufrimiento asomaba la rabia. La imaginé en un apartamento de San Francisco o en una casa de Los Ángeles, con las ventanas cerradas y las cortinas abiertas, sentada a la mesa, comiendo trocitos de pan de molde y un plato de sopa verde. Por lo visto a Jim le gustaban las morenas, las mujeres secretas de la historia, decía sin dar mayores explicaciones. A mí, por el contrario, me gustaban las rubias. Una vez lo vi contemplando a los tragafuegos de las calles del DF. Lo vi de espaldas y no lo saludé, pero evidentemente era Jim. El pelo mal cortado, la camisa blanca y sucia, la espalda cargada como si aún sintiera el peso de la mochila. El cuello rojo, un cuello que evocaba, de alguna manera, un linchamiento en el campo, un campo en blanco y negro, sin anuncios ni luces de estaciones de gasolina, un campo tal como es o como debería ser el campo: baldíos sin solución de continuidad, habitaciones de ladrillo o blindadas de donde hemos escapado y que esperan nuestro regreso. Jim tenía las manos en los bolsillos. El tragafuegos agitaba su antorcha y se reía de forma feroz. Su rostro, ennegrecido, decía que podía tener 35 años o 15. No llevaba camisa y una cicatriz vertical le subía desde el ombligo hasta el pecho. Cada cierto tiempo se llenaba la boca de líquido inflamable y luego escupía una larga culebra de fuego. La gente lo miraba, apreciaba su arte y seguía su camino, menos Jim, que permanecía en el borde de la acera, inmóvil, como si esperara algo más del tragafuegos, una décima señal después de haber descifrado las nueve de rigor, o como si en el rostro tiznado hubiera descubierto el rostro de un antiguo amigo o de alguien que había matado. Durante un buen rato lo estuve mirando. Yo entonces tenía 18 o 19 años y creía que era inmortal. Si hubiera sabido que no lo era, habría dado media vuelta y me hubiera alejado de allí. Pasado un tiempo me cansé de mirar la espalda de Jim y los visajes del tragafuegos. Lo cierto es que me acerqué y lo llamé. Jim pareció no oírme. Al girarse observé que tenía la cara mojada de sudor. Parecía afiebrado y le costó reconocerme: me saludó con un movimiento de cabeza y luego siguió mirando al tragafuegos. Cuando me puse a su lado me di cuenta de que estaba llorando. Probablemente también tenía fiebre. Asimismo descubrí, con menos asombro con el que ahora lo escribo, que el tragafuegos estaba trabajando exclusivamente para él, como si todos los demás transeúntes de aquella esquina del DF no existiéramos. Las llamaradas, en ocasiones, iban a morir a menos de un metro de donde estábamos. ¿Qué quieres, le dije, que te asen en la calle? Una broma tonta, dicha sin pensar, pero de golpe me di cuenta de que eso, precisamente, esperaba Jim. *"Chingado, hechizado"*, era el estribillo, creo recordar, de una canción de moda aquel año en algunos hoyos funkis. Chingado y hechizado parecía Jim. El embrujo de México lo había atrapado y ahora miraba directamente a la cara a sus fantasmas. Vámonos de aquí, le dije. También le pregunté si estaba drogado, si se sentía mal. Dijo que no con la cabeza. El tragafuegos nos miró. Luego, con los carrillos hinchados, como Eolo, el dios del viento, se acercó a nosotros. Supe, en una fracción de segundo, que no era precisamente viento lo que nos iba a caer encima. Vámonos, dije, y de un golpe lo despegué del funesto borde de la acera. Nos perdimos calle abajo, en dirección a Reforma, y al poco rato nos separamos. Jim no abrió la boca en todo el tiempo. Nunca más lo volví a ver.

« 4 brevicuentos para leer en el avión»

Álvaro Menéndez Leal

1

Un pasajero, a su vecino de asiento:
-¿Has visto? El periódico informa de otro accidente de aviación.
-Sí, he visto; en la lista de muertos estamos nosotros.

2

El pasajero, al tripulante: ¿Qué isla es aquella?
-Señor, esa isla no existe.

3

Una recién casada, al sobrecargo:
-Señorita, ¿por qué arde el avión?.
-Es natural, señora: estamos en el infierno.

4

Un sacerdote, a la azafata:
-En vez de esa música moderna, ¿no pueden poner algodelicado?
-Lo siento, padre; es la única que saben tocar los ángeles.

LA CREACIÓN DE EVA

Álvaro Menén Desleal

Adán y Eva. Alberto Durero, cuadro de 1,507.

Ésta se llamará varona porque del hombre ha sido tomada (Génesis)

Adán se sintió invadido por un profundo sopor. Y durmió. Durmió largamente, sin soñar nada. Fue un largo viaje en la oscuridad. Cuando despertó, le dolía el costado. Y comenzó su sueño.